

Ontología del verbo

Manuel Felipe Álvarez-Galeano

Las palabras tienen su propia temperatura:

pueden ser lerdas o picantes según la hora, la compañía y las botellas vacías
se esconden en la terca revelación de lo simple
se hinchan sobre las libidinosas frondas de una ruptura inadvertida
se dividen, como cangrejos, en el cigarro después del sexo
se perfuman cuando el amor germina... cuando se seca... se disea.

Se ignoran en los subtítulos de las películas triple X
se trenzan en un tango que se baila en la culpa y frente al mar.

Se anudan en los íconos enfermos de la ciudad y en los axiomas de la desnudez
se desvelan en el sangrado segundo en que el duelo abre su cortina
se envenenan en el «parasiempre» y en el «estamosendemocracia»
se sacuden con los muertos negados por la historia oficial
se golpean en el chat y en la receta de los médicos
se queman en el prejuicio, en la desidia, en el desamor...

se desvanecían en los centros clandestinos de detención

las palabras palpitan en la guerra:

la de los montes, la de los mares, la de los cuerpos...

se enredan en el primer «teinvitoasalir» y en el «nopodemosseguirjuntos»

se suicidan cuando nadie las mira y en aquel poema manifiesto en la oficina y que se olvida al regresar a casa

se blanquean en el perdón y cuando algunos vuelven a Dios, con el rabo entre las patas, si el avión va en picada

se ahogan en la promesa y en los velorios...

Se pescan en la traición oculta

se fugan en la mirada de quienes se aman sin declararse

se desentrañan después de vacaciones y en la resignada agonía del exilio.

Se secuestran en los adioses y en un solo de David Gilmour

se cosechan en el desvelo y se desechan con el editor

se reinventan en la esclavitud, en el apego y en las cenizas de una piel solitaria...

Se sufren, se postergan, se amenazan, se callan; pero

las palabras

ni en el silencio

se renuncian.